



PRECIOS DE SUSCRICION: MADRID, un mes, 6 rs.; PROVINCIAS, trimestre, haciendo la suscripcion directamente, 24; por correspondencia, 30; EXTRANJERO, 60. | INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO. | OFICINAS DEL PERIÓDICO: Caños, 4, principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administracion. Se insertan anuncios y comunicados.

NUESTROS GRABADOS.

HIENA DISPUTANDO LA PRESA AL ÁGUILA.

Pocos de nuestros lectores habrán dejado de oír alguna historieta relativa á los raptos de niños y animales de corta talla, verificados por las aves de rapiña de gran tamaño. Los periódicos suelen referir con frecuencia el hecho de que un condor de los Alpes ó una águila han arrebatado cabras ó corderillos, registrándose además en los anales periódicos algún caso extraordinario en el que la víctima ha sido un niño del campo, dulcemente dormido sobre la verde yerba, ó reclinado en el mismo regazo de su madre.

Por fortuna los robos de niños no están suficientemente comprobados, pues las águilas grandes prefieren clavar sus aceradas garras en el fojo vellón de los corderos ó en la blanda piel de los corzos y cervatillos.

El grabado que publicamos representa á una falcónida, es decir, una águila que tiene en sus garras un cervatillo, mientras una hiena rayada intenta arrebatár su presa.

El pintor ha querido dar más vigor al asunto presentando en un mismo cuadro á una hiena y una ave de rapiña disputándose una misma presa, y ha contravenido las reglas de la historia natural, suponiendo que son iguales los instintos de ambos animales, cuando realmente son opuestos. Las águilas, á no ser que estén acosadas por el hambre,—cosa difícil porque pueden estar dos ó tres semanas sin comer,—solo gustan de carne viva ó palpitante. Por el contrario, las hienas se alimentan de carne en putrefaccion, y por eso acuden á los pudrideros y cementerios alejados de los pueblos. Aunque odiosas y repugnantes, son tímidas y evitan la lucha siempre que pueden. Un jaguar, un tigre ó otra fiera felina, que se alimentan de carne palpitante, hubiera estado más en carácter; pero no ha perdido el cuadro nada de su mérito artístico. La composicion está bien pensada y es agradable.

¡MUERA! ¡MUERA!!

Los periódicos norteamericanos dan una horrible noticia que infunde espanto en el corazón más animoso, que hará devanarse los sesos á los hombres de ciencia, y temblar á las madres de familia: cuestion vital, profunda, de las que más afectan á la sociedad en que vivimos; cuestion de estómago, señores; se trata de un envenenamiento general, ante el cual sería un crimen sin consecuencias saturar de arsénico las cañerías de Lozoya.

Una familia misteriosa, nacida en la América del Norte, de fecundidad inagotable, de antecedentes desconocidos, y de aspecto repugnante, recorre los campos, atraviesa los ríos con sigilo, asalta los cercados, cava la tierra y deposita en sitio seguro, á donde ha de acudir precisamente el campesino, un veneno mortal, de efecto rápido, que hiera al hombre en las horas más gratas del día, las horas de comer.

No era bastante que el perro, el más leal de nuestros amigos, acometido de hidrofobia, se lance á las piernas de su amo, abusando de

la hospitalidad de la familia: una amiga cariñosa se vuelve contra nosotros, que la sacamos de la oscuridad para colocarla en nuestra mesa; que del estado salvaje en que yacía, consumiéndose en la soledad, la introdujimos en las ciudades, paseándola en triunfo por Europa, confiados en su naturaleza inofensiva.

Trabajo cuesta al hombre creer que la boquita sonrosada que le habla en una prosa parecida al verso, y los ojos negros ó azules que le lanzan en silencio las ideas más atrevidas, son máquinas de engaños; pero es más duro para mí desconfiar del más sencillo, del más sano y leal de nuestros alimentos, dudar, en fin, de la patata. Y sin embargo, es preciso vigilarla con recelo, porque en el vientre patriarcal de esa raíz tuberculosa, oculta el nuevo enemigo del hombre su veneno.

Se puede envenenar impunemente el vino de un lagar, porque cuando llega al vaso del consumidor, el líquido, purificado por el agua, solo conserva del vino primitivo la materia colorante. Contra la patata envenenada no hay defensa. El pobre y el rico, caerán: el uno al devorar con alegría la patata asada rústicamente en el rescoldo, y el otro, al saborear las filigranadas labores de patata, frágiles obras de arte de un hábil cocinero; pero la imaginacion se extravía, los latidos del corazón se suspenden al pensar en las calderas de rancho y en los inmensos guisados de familia, de donde las amas de casa extraen con el cucharón verdaderas paletadas de esa raíz preciosa, para tapan las innumerables bocas que reclaman el inflexible sustento cotidiano.

¿Será forzoso renunciar á esa compañera de toda la vida, y despedirla del hogar, y cerrarla nuestras puertas como al hongo? Planta humilde y sencilla, que en vez de lucir tu fruto le ocultas bajo tierra, y te presentas ante el reino vegetal en el aspecto más plebeyo; confieso que la desgracia te hace interesante, y la idea de tu persecucion aumenta hácia tí mi simpatía. Divididas las plantas

como los hombre: en innumerables fracciones, formas parte de un grupo modesto que puebla los estancos, las boticas y mercados: son tus hermanos el pimiento y el tomate: perteneces á la útil familia de las solanáceas, y el tabaco es tu pariente: honor á esa familia, cuyos individuos, sin aparato, sin ostentacion y por su solo mérito, han conseguido hacerse populares.

Tus enemigos te han calumniado; también tiene enemigos la patata. Más de un sábio asegura que la raíz de la patata es un alimento peligroso, cuyo uso continuado conduce al idiotismo: yo sé también de algunos que te odian y desean tu extincion. Confieso que tu parentesco con el beleño y la belladona, dan cierta verosimilitud á la sospecha; pero el pueblo inglés, aclamándose por sufragio universal, te absuelve libremente. Si viviera Napoleón I, el enemigo más cruel de Inglaterra, celebraría y protegería al envenenador de la patata: porque exterminar esta raza equivale á concluir con los ingleses.

—Pero ¿dónde está, quien es el malvado? direis con legitima indignacion. Eso precisamente preguntaba hace unas noches á un sábio amigo mio, que, ardiendo en sacro fuego, consababa á los españoles en general, al gobierno y á mi particularmente, porque nos ocupábamos cada cual en nuestros negocios, en vez de dedicar todo el tiempo, toda la inteligencia y todos los fondos disponibles, á combatir al enemigo comun, que invade los Estados-Unidos y amenaza embarcarse con direccion á Europa para inficionar nuestras cosechas.

—¿Qué quiere V. que haga? respondia avergonzado de mi inutilidad.

—¡El nombre! ¡El nombre del infame! repetíamos todos los presentes dominados por la elocuencia y conviccion del defensor de las patatas; y echábamos maquinalmente, militares y paisanos, mano á los sables y bastones.

—Pues bien, debéis saber su nombre; es preciso

delatarlo á las iras populares: el que envenena las patatas es el coleóptero *crisomela*.

—No le conocemos, contestamos todos á la vez.

—Ni yo tampoco, dijo el sábio; pero no olvidaré el nombre siniestro que he leído en los periódicos. Parece que le veo; ese insecto dañino... ha de tener seis patas, ojos compuestos y la boca armada de mandíbulas y máxilas, cuatro alas que cubren el abdómen y un caprichoso coselete. Me lo figuro chupando la yema del tubérculo, vaciando los ojos de la patata y filtrando por ellos la ponzoña. ¡Muera, muera el insecto venenoso! Depongamos los odios políticos; unáanse el hombre de Estado y la vendedora de plazuela; el médico y el pinche de cocina hagan la paz para declarar la guerra al coleóptero.

—¡Muera! ¡Muera el coleóptero *crisomela*! gritábamos todos con verdadero furor, sintiendo la fuerza de ese fluido misterioso que se exhala de todos los sabios, y con el cual transmiten por el mundo y difunden entre la multitud sus ideas más absurdas.

—Es necesario predicar una cruzada contra el insecto; tocar al arma; acudir á las corporaciones agrícolas; pedir auxilio á todo el mundo. ¿No podría pronunciar un discurso ante la Sociedad Económica Matritense?

—Sí, señor, me contestó el sábio; yo pertenezco á la Sociedad; puede Vd. pronunciarle, pagando adelantados cinco duros.

—Prefiero lamentar en silencio la nueva plaga...

—Eso no; eso no; debe Vd. alzar el grito en todas partes; escribir en los periódicos; y, si está usted en vena, hacer una elegía; las peticiones en verso nunca son negadas; dirige Vd. la invocacion al director general de Agricultura; canta Vd. las excelencias del tubérculo; describe Vd. las circunstancias alevosas del crimen; pinta Vd. la desolacion de las familias envenenadas, el aspecto aterrador de los cementerios; y escrita Vd. la cólera oficial y los odios populares contra el infame coleóptero.

—¡Muera! repetí con indignacion tomando la pluma, y cumpliendo los deseos de mi amigo, si bien en prosa, que es como se escriben las elegías periodísticas.

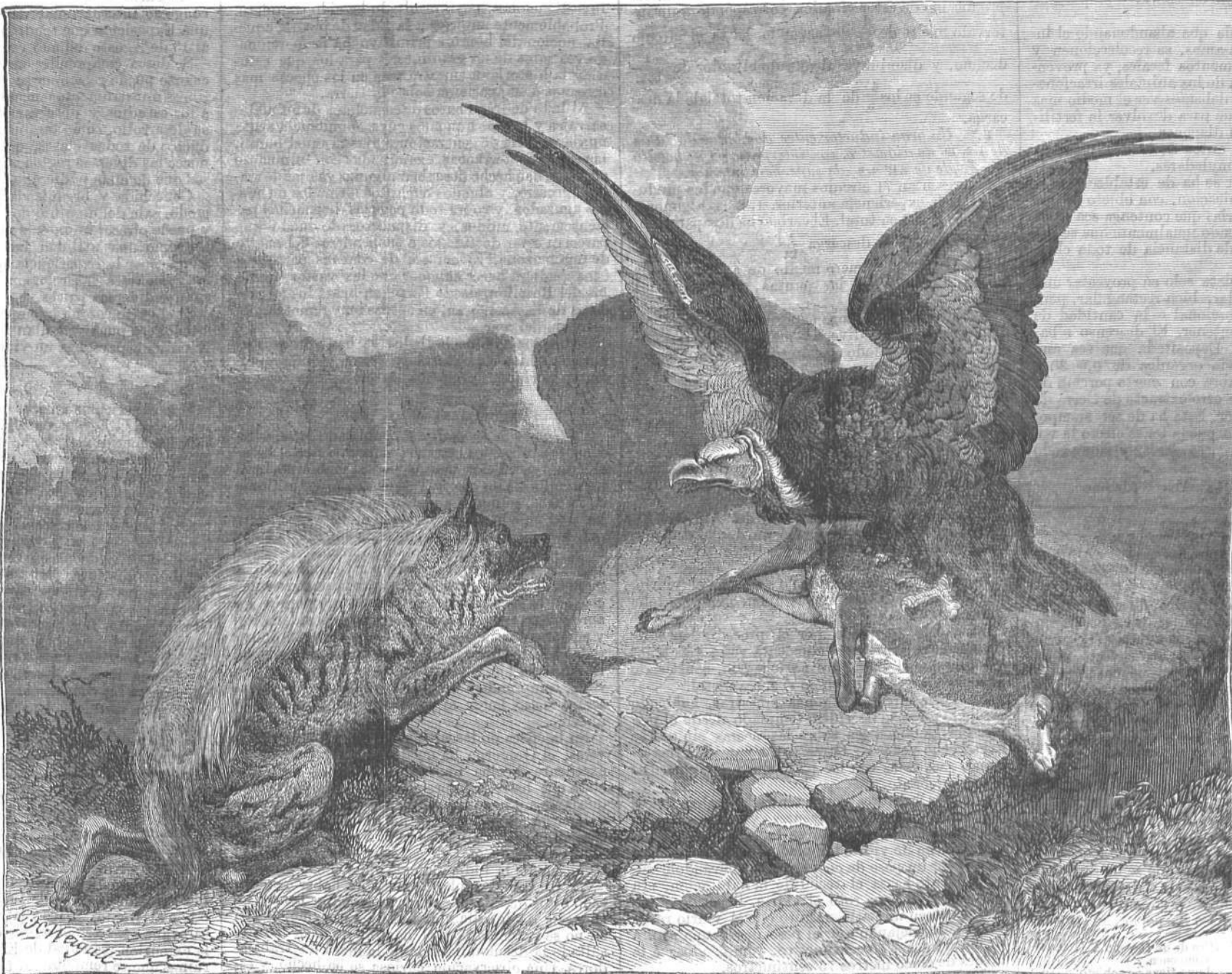
Perezca el envenenador de las patatas, más odioso aún que el *filovera*, verdugo de las vides; sea exterminada toda su familia, y perseguida por todos los gobiernos.

Y vos, Ilustrísimo señor Director general de Agricultura, sed el ministro de las vías públicas dictando medidas de exterminio contra ese filibustero que acaso navega ya hácia el viejo continente; hacced un alistamiento y colocad un cordón de sábios en las costas y fronteras, que, vientre á tierra, espíen la llegada del insecto; y sed, en fin, ilustrísimo señor, el padre ó el vengador de la patata.

José F. Bremon.

APROVECHAMIENTO DE LOS ESTIÉRCOLES EN ESPAÑA.

Pasta haber hecho ligeros estudios sobre la nutricion vegetal para comprender que los elementos reparadores más económicos son los estiércoles. Entendiéndolo así todas las naciones del mundo civilizado, tienen muy buen cuidado en no desaprovechar ni la parte más peque-



Hiena disputando la presa al águila.